

LOS INTELLECTUALES Y ESPAÑA

JULIÁN CASANOVA

Para su película 'Mientras dure la guerra', Alejandro Amenábar recurrió como asesor histórico principal a Julián Casanova (Valdegorfa, 1956), catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza y uno de los más conocidos investigadores del pasado reciente español. Experto en anarquismo y en las relaciones entre Iglesia y Estado, defiende que nuestro país 'isn't so different' del resto de Europa

«Cuando toca hablar de la Guerra Civil, la gente deja de pensar»

POR DARÍO PRIETO
FOTO TONI GALÁN

Pregunta.— ¿Cómo cree que ha cambiado la forma de estudiar la Historia en España en los últimos tiempos?

Respuesta.— Hay una relación entre la historia y el uso político de la historia mucho más presente y pasional en estos momentos que hace 30 años, donde después de la Guerra Fría había un acuerdo bastante explícito de que el pasado estaba allí, pero no iba a condicionar el presente. La percepción que hay en España de que tenemos el pasado más traumático de la Historia no es cierta. Eso lo tienen prácticamente en todos los países. Cada uno está buscando, reinventando la Historia y los pasados para adaptarlos al presente.

P.— ¿Cómo definiría usted la conexión de la Historia con el público?

R.— Salvo los historiadores, a la mayor parte de la gente le interesa muy poco la distinción entre ficción y verdad. Se fía más de la propaganda, de los recuerdos familiares y de sus ideas políticas que del historiador. Porque además se parte de la base —y, si no, se lo recuerda el político que usa la Historia— de que en realidad ya no es objetiva. Cada uno lo interpreta como quiere. La disparidad de interpretaciones, que para nosotros es el avance fundamental historiográfico porque rompe las ortodoxias, resulta mala para la gente.

P.— Es de lo que usted habla cuando se refiere a «pasados, fracturados, presentes, divididos, memorias cruzadas».

R.— Sí. Y además la Historia es una lectura crítica del pasado y si no la difundes con precisión, no tiene mucho sentido darla sólo a estudiantes.

P.— Hablemos de sus colegas nacionales.

R.— Rara vez el historiador español ha estudiado otra cosa que no sea la historia de España y ha salido al mundo a hablar de otra cosa que no sea España. Hay una historiografía más provinciana que está menos en contacto con el resto del mundo. En cambio, tienes hispanistas franceses, alemanes, británicos o norteamericanos que han dado la vuelta de tuerca también a la Historia de España. Los Preston, Jackson, Thomas, Kamen, Elliott... no sólo vinieron aquí a investigar sobre España, sino que se tuvieron que impregnar de lo que era la cultura, la política, la sociedad española. Y eso te da un enfoque telescópico.

P.— Y aquí somos más *micro*.

R.— Nosotros hemos nacido, crecido y vivido prácticamente en el mismo país y eso es un obstáculo. Además, la endogamia ha favorecido esto y el historiador español ha estado muy poco preocupado por la elegancia narrativa.

P.— ¿Qué grandes mitos sobre nuestra historia se perpetúan hoy?

R.— La gente cree que España llevó un camino diferente de modernización. Tiene 30 años de dictadura, de 1945 a 1975. Pero a partir de su situación geoestratégica, tiene una sociedad civil más potente y más democrática que las que salen en los países del Este tras el comunismo. Y eso creo que es una gran diferencia. Aquello que se veía como el milagro español de la Transición, venía de una semilla. Ni España es tan diferente, ni España es tan igual.

P.— Algo diferente sí que es.

R.— La gran peculiaridad son esos 30 años, porque es el único momento en el que Europa occidental se sacude autoritarismos y paramilitarismos. Los ejércitos y la violencia están concentrados en el Estado, pero subordinados al poder civil. Eso España no lo vive y le pesa. Le pesa como una losa en el golpe de Estado del 81, en la educación, la ciencia, en los comportamientos sociales.

P.— ¿Qué papel ha jugado la religión católica y el anticlericalismo en la historia de España?

R.— La religión estaba identificada con el orden, con la nación, con la tradición, con la Historia. Y surgió una contra-tradición anticlerical. El anticlericalismo, de entrada, no es una filosofía negativa, es una filosofía alternativa a la presencia de la Iglesia católica en los espacios públicos, como la educación.

P.— Pero en España sí que tiene connotaciones negativas.

R.— A Franco le *ensució* muy poco la complicidad con el crimen, con el asesinato, de la Iglesia y, sin embargo, el anticlericalismo feroz y cruel le causó a la República unos problemas importantísimos, porque todo el mundo conectó la revolución anarquista con el anticlericalismo y a la República con la destrucción de la tradición eclesiástica. Y eso se mantiene en la actualidad. Hablas de los fusilados por unos y te mencionan los curas asesinados por otros.

P.— ¿Por qué?

R.— Es la equiparación moral que hay ahora entre todos los genocidios, todas las violencias todas las limpiezas étnicas. El no sentirse menos víctima que el otro. Hay una percepción por parte de la derecha que el modelo del Holocausto y el de la represión fascista ha impedido de alguna forma equiparar todo eso a una gran matanza, mucho *mayor*, que fue la del comunismo.

P.— ¿Los «100 millones de muertos», dice?

R.— Sí. Tal vez el problema es que la gente no lee y lo único que hace es tener memorias políticas o usos políticos de esa parte de la Historia. El echar el victimario al otro destruye el debate. Por eso es difícil tener sosiego. Por eso es tan difícil participar en los medios de comunicación, hablar de determinadas cosas. Primero, porque necesitas tiempo. Segundo, porque en vez de debates hay un desprecio al conocimiento.

P.— ¿En qué sentido?

R.— Si alguien cree que el que sabe algo de Historia está en el mismo nivel que yo para comprender esos

hechos históricos, es su problema. Pero a mí no me va a encontrar un debate. Porque yo voy a debatir con alguien que me va a hacer una lectura crítica de lo que yo hago. El uso político y las memorias han roto cualquier posibilidad del debate.

P.— ¿Y qué le parece?

R.— A mí eso sí que me preocupa, porque yo veo que cuando aparece el tema de la Guerra Civil o del franquismo en España, la gente deja de pensar: «Tú no me vas a convencer. Primero porque ya sé que eres un historiador, pero de izquierdas». Es increíble porque es evidente que si tú eres un historiador de verdad, tienes un diálogo con las fuentes permanente. Qué más da que tenga mis simpatías hacia una determinada ideología o no. Yo no voy a dejar de hacer un balance riguroso y fiel con esas fuentes. Se busca más el daño político, porque piensan que tú estás haciendo una interpretación de la historia adaptada a la izquierda.

P.— ¿Qué hacer frente a eso?

R.— No se va a cambiar el discurso de la gente que interpreta que cualquier persona que habla sobre la Guerra Civil lo que está haciendo es opinar. Así pues, no tengo mayor interés en combatir eso porque no voy a estar nunca en ese debate.

P.— Pero, ¿hay que entrar en los debates?

R.— Mucha gente, desde la historia, desde la literatura, desde los intelectuales, se han retirado del debate, o no han estado. No hemos aprendido a dar precisión. Y mucha gente, intelectual o no, interpretó que en esta era digital con las redes, con los *trolls*, con los frikis por todas partes... no valía la pena meterse en la arena.

P.— ¿Qué le parece el debate sobre Cataluña?

R.— Sé que la batalla mediática está fundamentalmente en el tema territorial y de Cataluña. Pero creo, sin embargo, que vista la perspectiva de la democracia y de los grandes logros que hicimos, que no hay una batalla por una mejor distribución de la riqueza. La democracia española es muy sólida y que ha ido perdiendo en los últimos años su interés por algo que se mantuvo muy al principio, que era esta distribución. Que también venía a través del territorio. Pero la fragilidad de la democracia y cuidar la democracia por la fragilidad creo que es el principal tema que tienen los jóvenes, porque si la fragilidad de la democracia se convierte en algo más, da igual lo que plantees después.

P.— Participó de asesor en *Mientras dure la guerra*.

R.— Cuando a mí me contacta por primera vez Amenábar y me explica el proyecto, tengo muy claro que lo que le tengo que ofrecer son las nuevas corrientes historiográficas sintetizadas para que la película ya no sea la percepción política-militar-violencia de la Guerra Civil, sino que reflejen las nuevas cosas que están apareciendo en la historiografía.

P.— ¿Por ejemplo?

R.— Hasta hace 15 o 20 años nadie habría podido hacer una imagen de una ciudad de retaguardia como Salamanca, donde el tiro en la nuca está desde el primer día. No hay frente y, sin embargo, aparece la violencia. Estás todo el rato hablando de paseos, tienes que sacar algo que lo refleje. Pero él, al principio, no quería sacar nada.

P.— ¿Y qué más?

R.— La tensión de Unamuno, del intelectual que por un lado piensa que la izquierda es el desorden, pero, por el otro, cuando se da cuenta que se están llevando a la gente como él y no sólo a los izquierdistas o subversivos vive lo mismo que cualquier intelectual frente al nazismo y al comunismo, en los años 20, 30 y 40.

P.— ¿Le preocupa que se le relacione con una película como ésta?

R.— Que la gente piense que hay inexactitudes históricas me da igual, porque yo soy muy consciente de dónde está el límite entre la ficción y la verdad en el cine. Y, después, una película no es una tesis doctoral ni un documento histórico.

P.— ¿Qué pensó cuando la vio?

R.— Que funcionaría porque es muy emotiva en muchas cosas y muy moderna en otras. No me equivoqué.

► Colabora en el programa de Julia Otero 'Julia en la Onda'.
► En abril se publica su libro más ambicioso: 'Una violencia indómita. El siglo XX europeo' (Crítica), un recorrido transnacional desde los Balcanes y Armenia a comienzos del siglo, a Yugoslavia en los 90.

OPINIÓN PÚBLICA

«Salvo a los historiadores, a la mayor parte de la gente le interesa muy poco la distinción entre ficción y verdad. Se fía más de la propaganda»

CATOLICISMO

«El anticlericalismo, de entrada, no es una filosofía negativa, sino una alternativa a la presencia de la Iglesia católica en los espacios públicos»

MUERTOS

«El echar el victimario al otro destruye el debate. Por eso es tan difícil tener sosiego. Necesitas tiempo. Y en vez de debate hay desprecio al conocimiento»

POLÍTICA

«Qué más da que tenga mis simpatías. No voy a dejar de hacer un balance riguroso, en vez de una interpretación adaptada a la izquierda»

CATALUÑA

«Sé que la batalla mediática está fundamentalmente en el tema territorial, pero hay que pelear por una mejor distribución de la riqueza»

UNAMUNO

«Su tensión es la del intelectual que piensa que la izquierda es el desorden pero se da cuenta de que se están llevando a la gente como él»

MEMORIA HISTÓRICA

«Podemos debatir sobre si Franco fue un criminal de guerra o un santo. Pero el tema de las cunetas debería estar fuera del debate político»

DESAPARECIDOS

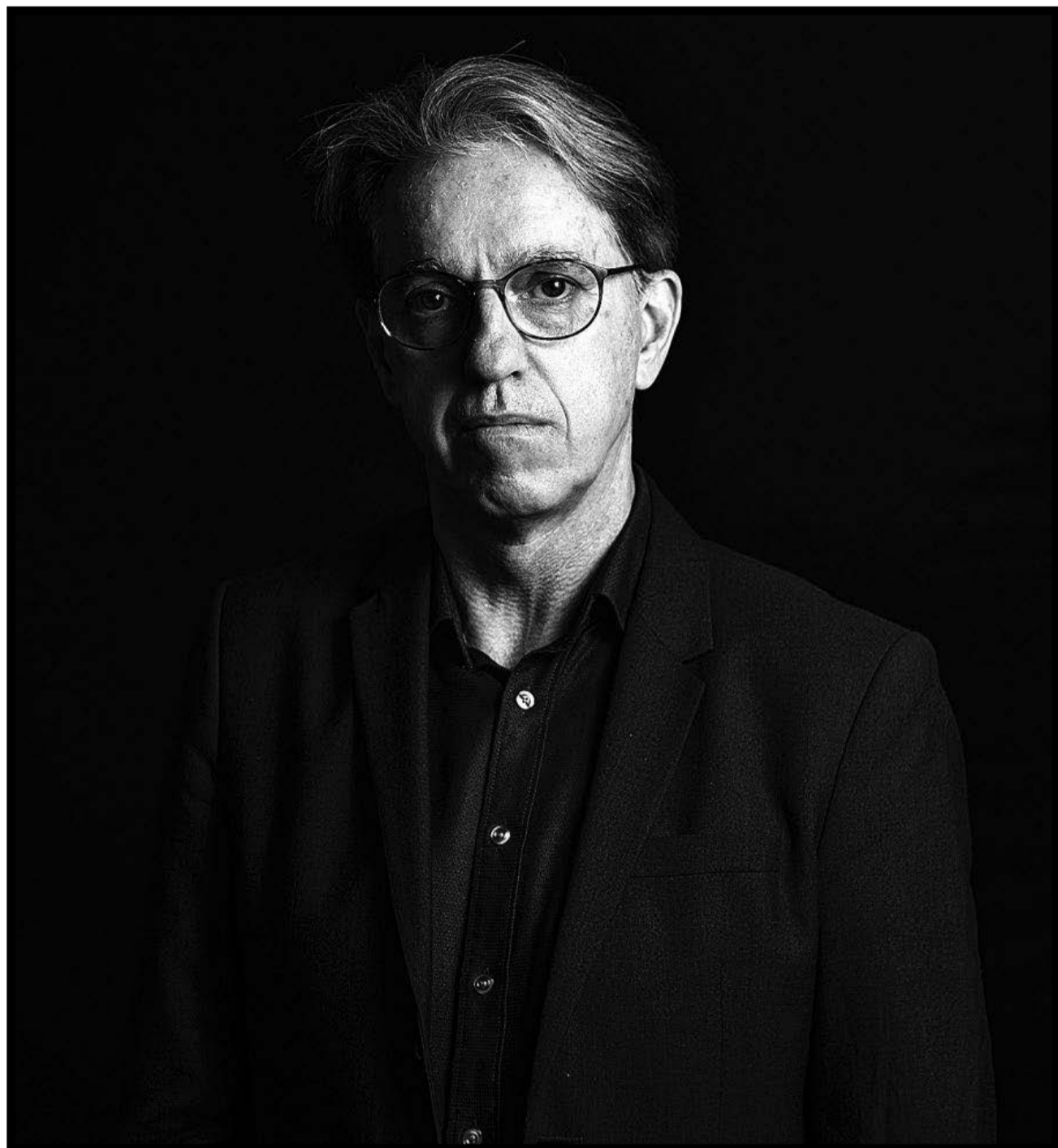
«No tienes que mirar al pasado para remover nada. Sencillamente, hacerles un reconocimiento. Durante mucho tiempo ni se estudió en las aulas»

FALSEDADES

«No tiene ningún sentido decir que en España hay 135.000 personas en fosas comunes y que es el segundo país del mundo en número de ellas»

REPRESALIADOS

«Tiene que haber una gestión pública para todas esas familias que no han encontrado los restos de sus familiares. Si no, el pasado volverá siempre»



P.– A usted, que ha sido activo en temas de Memoria Histórica, ¿qué le parece cómo se está tratando?

R.– Si todo hubiera acabado en el 45, la memoria de la Guerra Civil hoy sería muy emotiva, habría víctimas, interpretaciones, pero no estaría tan presente. Podemos debatir sobre si Franco fue un criminal de guerra o un santo, si fue fascismo o no. Podemos debatir sobre muchas cosas, pero el tema de las cunetas debería estar fuera del debate político. Porque es la consecuencia de una memoria abrumadora que tuvo siempre a los mártires de la *Cruzada* presentes por todos los sitios, y otra memoria que fue ocultada, reprimida, silenciada y no se ha querido reconocer con la excusa de que había que mirar al futuro en vez de al pasado. Que es lo que dice siempre la gente que no quiere afrontar con libertad el pasado desde el presente. Otra cosa es que la memoria haya sido utilizada de tal forma que, de nuevo, como historiador, es difícil poner orden en todo eso.

P.– ¿Cuál cree que es el corazón del problema?

R.– No se encontraron a todos los muertos de la Guerra Civil asesinados en el bando republicano, pero todos tuvieron una compensación buscada. Hay varios sitios de memoria de los vencedores en calles, en placas, en iglesias, etcétera. Y los vencidos estuvieron desaparecidos. Eso es innegable. Luego no tienes por qué mirar al pasado para remover nada, sino sencillamente hacer un reconocimiento de eso. Durante muchísimo tiempo no se estudió en las aulas. Y la propaganda y los recuerdos familiares fueron más impor-

tantes que el conocimiento. Pero no sólo sobre la Guerra Civil española, sino sobre el siglo XX, porque no se llegaba a impartir en los manuales académicos.

P.– ¿Qué papel han jugado los políticos en ello?

R.– Se pasó de lo que era un debate historiográfico, emotivo o político a la política gubernamental y a los usos políticos de la historia. La gestión pública democrática del pasado no ha querido abordar nunca este tema. Pero ahí hay también tópicos, lugares comunes que yo he desmontado. Como que no es lo mismo un desaparecido que un asesinado. O que en España hay 135.000 personas en fosas y que es el segundo lugar del mundo con más fosas. Eso no tiene ningún sentido. Cualquiera que conozca la historia de Europa desde el Rin hacia el Este lo sabe. Que repitas eso no te va a proporcionar más crueldad ni más fuerza.

P.– ¿Qué solución propone?

R.– Para todas esas familias que no han encontrado los restos de sus familiares tiene que haber una gestión pública para que todo eso salga a la luz, porque si no el pasado volverá siempre. Como decía Nolte a propósito del revisionismo que planteaba el pasado que no pasa, un pasado que nunca deja de mediatizar o condicionar el presente. Esto es un tema también de educación. O llevamos a los libros de texto enseñanzas libres de verdad, abiertas, críticas donde no se vea equiparación de víctimas, sino que se expliquen los hechos históricos o vamos a seguir con esto. Y las generaciones del futuro no van a estar mejor preparadas para resolverlo. Sin educación, erudición, archivos... no hay Historia. Está clarísimo.

Julián Casanova, en la Universidad de Zaragoza, donde es catedrático de Historia Contemporánea.